

FELIPE TRIGO, UN ESCRITOR POSNATURALISTA

FELIPE TRIGO, A POSNATURALIST WRITER

Víctor Guerrero Cabanillas

Médico y escritor

RESUMEN: Se cumplió el día 2 de septiembre de 2016 el primer centenario de la muerte de Felipe Trigo, cuya vida y obras cobran después de un siglo nuevas perspectivas de análisis. Su triple condición de médico, enfermo y escritor ejerció, mediante un poderoso vector de sinergismo literario, una destacada influencia en su escritura. Su literatura fue modernista, -naturalista rezagada para algunos-, rompedora, fustigadora de las lacras sociales de aquella sociedad. Introdujo el erotismo como temática preferencial en su novelística.

Palabras clave: iberismo, creatividad literaria, erotismo, desorden afectivo bipolar, feminismo interesado y suicidio.

SUMMARY: On Sept.2, 2016 we commemorate the hundreth anniversary of the death of Felipe Trigo, whose life works provide, after a century, new perspective for analysis. His triple condition of doctor, patient and writer exerted, by means of a powerful influence in his writing.

His literatura was modernist, naturalistic left behind according to some, bold and highli critical of the scourges of that society. He introduced eroticism as a preferential topic in his narrative.

Keywords: iberism, literary creativity, bipolar affective disorder, interested feminism and suicide.

TRES CENTENARIOS: TEATRO CAROLINA CORONADO, CERVANTES Y RUBÉN DARÍO
VIII Jornadas de Historia de Almendralejo y Tierra de Barros
Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo, 2017, pp. 223-242. ISBN: 978-84-697-7146-4

Felipe Trigo, 100 años después



Se ha cumplido el pasado septiembre el primer centenario de su muerte. Felipe Trigo, hemos de reconocerlo, en buena medida inclasificable, es un escritor muy poco conocido. El caciquismo, Jarrapellejos, novelista erótico, suicidio y se acabó. Al morir pasó de la gloria al limbo. Una sociedad poco culta, poco abierta y receptiva, el conservadurismo contumaz y el integrismo religioso le condenaron sumariamente al olvido. Y allí seguiría sino hubiera sido por Santiago Castelo que le rescató para devolverle al lugar que le correspondía en las letras españolas. Su llamada inicial, el 26 de enero de 1977, su llamada de atención, ocurrió en el Casino de Badajoz, precisamente, mediante una conferencia que Castelo había titulado “Felipe Trigo, escritor erótico”, título que hubo de sustituir apresuradamente tras una recomendación oficiosa por el de “Felipe Trigo, novelista extremeño”.⁴⁵⁵



Felipe Trigo en su despacho

En esta conferencia, ante un público minoritario, impartida en el salón noble de la institución, Castelo reivindicó el nombre de Felipe Trigo y reclamó que en Villanueva de la

⁴⁵⁵ Por muy poco tiempo se adelantó al filólogo y crítico literario GARCÍA LARA, Fernando, que dedicó al novelista villanovense el artículo “El sentido de una recuperación: Felipe Trigo” en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 332, 1978, pp. 224-239.

Serena, su ciudad natal, se restableciese su nombre para la calle donde nació, asignada durante la II República. Después, otra intervención de Castelo en Villanueva, celebrada precisamente en el salón de actos de una comunidad religiosa, ¡ya está bien en aquellos tiempos todavía oscuros y papanatas ir a homenajear a un escritor pornográfico a un colegio de monjas!, el acto vino a incidir en la reivindicación del preterido escritor extremeño.

En el prólogo a mi libro sobre Felipe Trigo, Santiago Castelo confesaba que “había rescatado su figura con el consuelo íntimo de que algún día, cuando hayan pasado los años, un alma generosa arranque mis versos del olvido y pague de la mejor manera la deuda que conmigo pudieron contraer mis antecesores rescatados”. Y bien, quizás deberíamos hacer lo que nos corresponde, manteniendo viva su memoria, para que no se haga verdad la confesión de Santiago Castelo.

Antes de proseguir quiero expresar mi gratitud por haberseme hecho el honor de poder participar en esta tribuna tan prestigiosa. Mi comunicación se reparte en tres rótulos: Felipe Trigo, un modernista europeo vocero del iberismo, en segundo lugar, Felipe Trigo, médico y enfermo, un ejemplo de sinergismo literario y, por último, Felipe Trigo, un feminista a su manera.

Felipe Trigo, postnaturalista, modernista e iberista.

No resulta fácil encasillar a Felipe Trigo dentro del vasto panorama de la literatura finisecular española. Como voceros de la modernidad ibérica y del iberismo, Francisco Villaespesa, Felipe Trigo y Luis Morote, visitaron Portugal en 1904. Los voceros modernistas en España eran entonces Salvador Rueda y Francisco Villaespesa.

La recuperación e intensificación de las relaciones entre España, Portugal e Iberoamérica constituyeron un rasgo muy común o característico de la corriente modernista de principios del siglo XX, promoviendo un incremento muy significativo de las relaciones literarias, culturales y hasta políticas entre España y Portugal. Pero el iberismo entonces no pasaba de ser un movimiento de acercamiento cultural entre ambos países, heredero de una vieja escuela que se remontaba a los tiempos de la Revolución liberal de Oporto de 1820, aunque fue a mediados de siglo con el auge del partido liberal progresista español, la Unión Liberal, cuando el iberismo recibió un notable empuje, en particular durante el bienio liberal en el que un extremeño Fco Luxán y otros paisanos, como su cuñado Antonio González, le darían un notable aliento. Cuando Luxán ocupaba la cartera de ministro de Fomento en 1854, se contempló en la Ley de Caminos de Hierro de 1855 las conexiones radiales Madrid-Lisboa y la integración plena de Portugal en la red ferroviaria española. Ahora, precisamente, celebramos el 150 aniversario del ferrocarril Madrid-Lisboa por Badajoz. Buen momento para rendir tributo a Luxán que tantos servicios prestó a esta provincia extremeña.



Tertulia literaria en Madrid. Entre otros, Trigo, Villaespesa y Cansinos Assens

Republicanos socialistas tomaron después este testigo de manera que el iberismo se consolidó en el último tercio del siglo XIX en pleno proceso federal de integración o unión

entre países europeos del tenor de la Unificación alemana o del Risorgimento en Italia. Pero, en realidad, nunca tendría continuidad como corriente o proyecto político. Una Convención del Republicanismo federalista de ideología socialista del que formaba parte el médico Narciso Vázquez Lemus, reunió en Badajoz en 1863 a numerosos seguidores y simpatizantes de España y Portugal.

Pero la verdad es, que a pesar de estas iniciativas, a lo largo de la segunda mitad del XIX el iberismo se fue diluyendo para quedar reducido en los tiempos de Unamuno, de su poeta y amigo Maragal y de M. Pelayo en algo puramente testimonial, ceñido al ámbito cultural, artístico y literario. A principios del siglo XX básicamente era ya sólo un movimiento de acercamiento literario entre ambos países. Portugueses iberistas en distintos tiempos fueron Lobo Antunes, Teófilo Braga, Antero de Quental, Saramago, Pessoa, el médico y escritor Miguel Torga, Oliveira Martins y, más recientemente, el socialista republicano Mario Soares. Curiosamente, España también aportó a esta causa iberista notables escritores médicos modernistas como Alfredo Vicenti, Rodríguez Castelao, Felipe Trigo y Tomás Morales.

En el verano de 1904 coincidieron en Lisboa tres de estos escritores modernistas del momento a quienes sonreía el éxito: Luis Morote, que había sido enviado por el *Heraldo de Madrid* para elaborar una serie amplia de reportajes de Portugal para los lectores españoles con el objetivo de acercar ambos países con vistas a retomar y explorar el viejo proyecto de integración conjunta en un estado federado iberista. Pero sobre todo para tender puentes y vínculos en el ámbito literario. Francisco Villaespesa, considerado por Juan Ramón Jiménez como el genuino epígono del modernismo, se hallaba allí para ampliar relaciones con escritores portugueses.



La casa de la dicha

Entre 1890, fecha de la llegada del simbolismo literario a Portugal, y el comienzo en 1936 de la guerra civil española, la vida cultural a ambos lados de la raya vivió un esplendente periodo de notables relaciones entre los escritores y artistas plásticos de ambos países. Fueron los tiempos de la modernidad en los que artistas y escritores, creativos, inquietos e innovadores, se apasionaron en busca de “lo nuevo”, aunque no se consideraban miembros o seguidores de escuela literaria alguna, manifestando por encima de todo su individualismo y su autonomía libre y creadora exhibida en la revista *Renacimiento Latino*, aparte de en la conocida encuesta de Gómez Carrillo acerca del Modernismo.⁴⁵⁶

Simbolistas, modernistas y otros vanguardistas de uno y otro lado de la frontera crearon entonces una fluida ósmosis de relaciones, dentro de cuyo movimiento se inscribió el viaje a

⁴⁵⁶ VALERO, Celma, *La pluma ante el espejo. Visión autocrítica del “fin de siglo” (1888-1907)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1989. También en ZULETA, Ignacio, *La polémica modernista: el modernismo de mar a mar (1898-1907)*, Bogotá, Ediciones Instituto Caro y Cuervo, LXXXII, 1938.

Lisboa de Francisco Villaespesa, Felipe Trigo y L. Morote, colaborador del periódico *El Heraldo de Madrid*. Villaespesa seguía así el ejemplo de su amigo Rubén Darío en la batalla del Modernismo. Grandes figuras como Eugenio de Castro, Unamuno, Teixeira de Pascoaes, Fernando Pessoa, el prolífico Ramón Gómez de la Serna y José de Almada Negreiros dinamizaron esta corriente recíproca

El joven Villaespesa se ocupaba en la fundación incesante de nuevas revistas propias destinadas a difundir la literatura modernista, a la vez que trataba de ocupar con su producción literaria las revistas ajenas introduciendo y difundiendo así su vasta obra poética. Villaespesa creó una revista hispanolusa, *Renacimiento latino*, codirigida por Abel Botelho en Portugal y por él mismo en Madrid, destinada a hacerse eco de lo que podríamos entender como el modernismo consagrado. Se editaron diez ejemplares, una cifra nada despreciable para un tipo de publicaciones de muy corta vida en general. Estuvo ilustrada por artistas como Álvarez de Sotomayor, Ramón Casas, Monteserín, Eugenio d'Ors con el seudónimo de Octavi de Romeu, todos ellos tras la estela luminosa de Juan Gris. La revista nacida en 1905 dio la batalla por el modernismo durante 6 años. Allí escribirían, entre otros, Trigo, Cansinos, Martínez Sierra, Rueda, Díez-Canedo, L. Alas, Antonio y Manuel Machado, Azorín, Juan Ramón Jiménez, Benavente, Amado Nervo, Marquina, Eugenio D'Ors y alguno más.

Se les añadiría el médico y poeta Tomás Morales, venido de Cádiz a Madrid para completar los estudios de Medicina en San Carlos, pero con el propósito también de seguir la estela del rubendarismo, arriándose a los epígonos del modernismo, Rueda y Villaespesa, que apadrinarían generosamente su aventura literaria. Trigo acudió a Lisboa desde su Mérida residencial, ya por poco tiempo, invitado expresamente por el almeriense Villaespesa.



En el jardín de Villa Luisiana. Autorretrato

Trigo acababa de convertirse en un escritor de un éxito clamoroso con sus dos primeras novelas, *Las Ingenuas* y *La sed de amar*. Era para Villaespesa un buen atractivo, un gancho poderoso, de cara a ampliar sus relaciones con los círculos culturales, artísticos e ideológicos más dinámicos de Lisboa. Felipe Trigo no acudía a Portugal invitado por la Academia de Coímbra para recibir el nombramiento de académico correspondiente, tal y como divulgó su hija Consuelo. Este extremo ha sido desmentido rotundamente por el crítico García Lara.

Tanto el *Heraldo de Madrid* como *El Liberal* dieron cuenta ese verano de las peripecias de los escritores españoles por el país vecino. También de las verdaderas intenciones de aquellos entusiastas iberistas. Se trataba no tanto de la difusión de sus tesis literarias renovadas, como de hacer apología del paniberismo. En el anuncio de su campaña, el *Heraldo de Madrid* desvelaba sus intenciones orientadas claramente en la dirección del paniberismo ideológico y político de la época. Decía: Luis Morote visitará las principales poblaciones de Portugal, para reflejar en sus artículos la vida entera del vecino reino y contribuir a las relaciones fraternales entre los dos Estados de la Península Ibérica.

El paso de estos escritores por Portugal sería un episodio más que hay que inscribir en la larga y fluctuante cadena de acciones y acontecimientos relacionados por la lusofilia española afanada en federarse con Portugal. La expansión nacionalista anglosajona, el auge de los imperialismos, la idea de Nación-Estado que se llevó a la práctica con la unificación de Alemania e Italia, la humillación infringida por los anglosajones a los latinos, la pérdida de las provincias americanas habían avivado los proyectos unionistas de los sectores más dinámicos del progresismo republicano y socialista: la modernización, descentralización y/federación ibérica o iberoamericana, defendidas por Luis Araquistáin, el teórico izquierdista más sobresaliente del socialismo, en su *España en el crisol*. Aunque, en realidad, la idea del iberismo, es preciso reconocerlo, procedía, como ya he dicho, de los liberales progresistas, el grupo *extremeño* del Bienio progresista.

La lusofilia iberista y el panlatinismo iberoamericano tuvieron una expresión emblemática en la *Salutación del optimista* declamada en 1905 por Rubén Darío, un poema escrito pensando en el abatido pueblo español.

Trigo traería a su regreso a España el compromiso de iniciar desde nuestro país el seguimiento crítico de la moderna novelística portuguesa. Así aparece su “Lisboa, sarta de impresiones” en *El Liberal* de 17-VIII-1904. No continuaría la tarea, sin embargo. Sólo escribió otra crónica más. Pero sí que, a raíz de aquel contacto con la literatura del país vecino, Trigo tradujo del portugués *El barón de Lavos* (Librería Pueyo, 1907), una obra escandalosa y procaz sobre la homosexualidad masculina, escrita por Abel Botelho. Pero para entonces Felipe Trigo ya se había trasladado a su nueva residencia en la calle Galileo de Madrid, abandonando definitivamente la práctica médica y distanciándose de las propuestas integradoras iberistas.

A su regreso de Portugal a Mérida, Villaespesa viajó de nuevo hasta Badajoz con un doble fin: su pretensión de entablar una relación con Carmen Nevado, conocida de Felipe Trigo, aficionada a las letras también, actriz, una mujer de una belleza deslumbrante, y, en segundo lugar, visitar al poeta modernista de Badajoz Manuel Monterrey, que ya gozaba de cierto relieve literario. Hasta donde sabemos, en este viaje de regreso a Badajoz no participó Felipe Trigo según la opinión de su principal estudioso el filólogo y crítico literario M. Simón Viola.

Felipe Trigo, sinergismo literario del médico, enfermo y escritor.

Tengo una firme convicción acerca de la importancia que tiene la Literatura en la formación intelectual de los médicos, sobre todo para aquellos cuyo trabajo discurre en el seno de la comunidad, compartiendo con sus pacientes las experiencias de la enfermedad, entendida como la pérdida *hamletiana* de la certeza del ser y del estar en el mundo. En los libros, está todo. En ellos el médico encuentra, con frecuencia, la solución a los enigmas de la naturaleza humana. Luis Martín-Santos (1924-1964), médico y psiquiatra, autor del poemario *Grana Gris*, y de las novelas *Tiempo de Silencio* (1962), *Relatos* (1970) y *Tiempo de destrucción*, editada tras su muerte por Mainer, mostró durante su corta vida una viva convicción sobre la importante función de la literatura en el ejercicio de la Medicina.

La relación médico-enfermo ha sido profusamente tratada en la narrativa universal. *La muerte de Ivan Illich* de Tolstoi es, aparte de una elegía impresionante de la incomunicación y de la mendacidad humana, un tratado admirable de cuidados paliativos. Tolstoi nos revela cómo una mano simplemente dispuesta y acariciadora, la del humilde criado Guerasim, puede convertirse en una bomba dispensadora de morfina. Tomas Mann, en *La montaña mágica*, denuncia el silencio o la ausencia turbadora del médico en la cabecera del enfermo tuberculoso estigmatizado, que se halla internado en un hospital.

Cervantes, en su *Quijote*, un verdadero tratado de psicología clínica, enfrenta al recién nombrado gobernador Sancho con un médico, retórico e impertinente, Don Pedro Agüero, al que acaba llamando, no sin cierto enojo, Don Pedro del Mal Agüero, quería privarle del consumo de manjares largamente apetecidos, y que tanto me recuerda, por cierto, a mi actual nutricionista. Margueritte Yourcenar, en sus *Memorias de Adriano*, nos cuenta cómo el emperador se quejaba amargamente de la conducta entrometida y fisgona de su médico, Hermógenes.

Es difícil seguir siendo emperador ante un médico así, y también es difícil guardar la calidad de hombre. El ojo de Hermógenes sólo ve en mí un saco de humores [...] ⁴⁵⁷

clamaba Adriano. García Márquez, sobre el envejecimiento, la soledad, la miseria, el incesto, el delirio psicótico y otras enfermedades mentales, en su novela *Cien años de soledad*. La peste en la célebre obra de Camus. Kafka, ya trastornado, pedía a su médico cuando se avecinaba su muerte: “máteme usted; si no, será usted un asesino”. Sus traumas infantiles alentaron una extensa prosa arquetípica sobre formas de alienación, brutalidad humana, maltrato físico y psíquico, conflictos de la emancipación, salvada por azar de la destrucción. Y tantas y tantas obras más. Felipe Trigo, que padeció un Desorden Afectivo Bipolar, vierte numerosa sintomatología propia del componente depresivo de su trastorno, pero apenas habla del componente maniaco porque tenía carácter egosintónico, una extensa batería de ideaciones, comportamientos y emociones que no le resultaban disonantes e, incluso, los experimentaba como normales e, incluso, positivos o beneficiosos.

Por otro lado, ya en el siglo XVI, Francisco Vicente de Tornamira, no iba muy descaminado al referirse a las enseñanzas médicas, señalando claramente que el médico debía saber las artes liberales:

El médico tiene necesidad de Gramática para saber declarar y entender lo que lee. De Dialéctica para conocer las causas y entender la razón oculta de las enfermedades, y poder disputarlas, distinguiendo lo cierto de lo incierto y curarlas. De la Rethórica, para definir con verdaderos argumentos lo que la ciencia trata, y razonar con orden y adorno de ella [...] De la Música, para el compás del pulso, y porque hay muchas dolencias que curan con ella [...] ⁴⁵⁸

Cada día que pasa es más frecuente que las universidades europeas y americanas incluyan en los contenidos curriculares de la enseñanza de Medicina un área reservada a las Humanidades Médicas.

Osler, el padre de la Medicina Moderna, decía que por razón de la naturaleza íntima de su trabajo, quien ejerce de médico, quizás más que otros hombres, necesita de la educación superior a la que se refería Platón. De muchísimo provecho le sirvió a Freud, sin ir más lejos, cuyos textos sobre el inconsciente, el complejo edípico, las pulsiones, estaban influidos por la literatura clásica y la cervantina.

Y antes fue Shakespeare, autor del paradigma psiquiátrico de la desrealización personal que es *Hamlet*, la quiebra de la certeza del ser y del estar en el mundo, al igual que sucede en la enfermedad. O como *El licenciado vidriera* cervantino, y su extraña locura delirante con la dama del membrillo, una fruta de marcado simbolismo sexual.

Nada debe sorprender que cada día sea más numeroso el número de médicos “plumillas”, como nos llamó de manera un tanto despectiva, Julio Caro Baroja. Del tiempo de Felipe Trigo, nacidos en la segunda mitad del siglo XIX, varios médicos, entre ellos Pío Baroja se interesaron por las Letras y por la Historia. Fue Baroja (1872-1926) un hombre radical, antiburgués y descreído. Vivió, como Trigo, en la España de la Restauración, la España antitética, la real y miserable y la apariencial y falsa, al mismo tiempo. Su profundo amor a Castilla no le libró de una cierta entonación pesimista en sus escritos, muy influido por el pensamiento de Schopenhauer. Abandonó bien pronto el ejercicio de la Medicina para dedicarse en cuerpo y alma a la tarea de escribir. Mantuvo de una manera contumaz una postura crítica, cuando no abiertamente hostil y en desacuerdo con la sociedad de su tiempo, como le sucediera igualmente a su colega *nietzscheano* Felipe Trigo. Ambos se valieron más del espíritu crítico que de la imaginación en su producción literaria. Baroja no creyó en Dios ni en la vida ni en los milagros. En cambio profesó una inmensa ternura con los seres más desvalidos y marginados. Quizás se mostró con mayor vitalismo y creatividad en su primera etapa de escritor en que vieron la luz sus obras *Zalacaín el Aventurero*, *Las inquietudes de Shanti Andía* y, en especial, *El árbol de la Ciencia*, que tanto nos recuerda a *El médico rural* de Felipe Trigo.

S. Ramón y Cajal (1852-1934), en cambio, fue primero médico y, ya en sus años finales de madurez, escritor. Tras su monumental obra científica escribió sus obras *Psicología de Don*

⁴⁵⁷ YOURCENAR, Marguerite, *Memorias de Adriano*, Salvat, 1994, p. 1.

⁴⁵⁸ TORMAMIRA, Francisco Vicente de, *Chronología y Repertorio de los Tiempos....*, Capítulo de la Medicina, Pamplona, MDLXXXV, p.12

Quijote y el quijotismo (1905). Más quijotes y menos sanchos reclamó Ramón y Cajal para España en esta obra, *Recuerdos de mi vida*, *Charlas de café* (1920), *Los tónicos de la voluntad*, *El mundo visto a los 80 años* (1934) y hasta una recopilación de pequeños relatos, *Cuentos de vacaciones* (1905). Además de su cuantiosa investigación de laboratorio, de la originalidad y audacia de intuiciones y de la categoría de sus aportaciones teóricas, Ramón y Cajal fue un ciudadano ejemplar, reformista político y social, a quien dolían los males y el atraso intelectual de España, a la que veía como un cuerpo enfermo. Asumió brillantemente el papel de divulgador de la mentalidad científica.

Gregorio Marañón (1887-1960), simultaneó el ejercicio de la Medicina con la dedicación a otros campos del saber. Humanista, médico, historiador, librepensador, filósofo abarcó todas las disciplinas del saber, siendo autor de una vastísima producción científica y literaria que le convirtió en una de las personalidades más brillantes del siglo XX. La Facultad le llamaba su amigo Pérez Galdós que, a pesar de no ser médico, dejó minuciosos y brillantes relatos de enfermedades y enfermos. No tengo más remedio que incluir entre este pequeño grupo de médicos escritores coetáneos de Felipe Trigo a Antonio Vallejo Nájera (1889-1960), el psiquiatra profacista, defensor de la idea totalitaria y eugenésica de la degeneración de la raza, *El doctor Menguele español*, apasionado defensor del famoso gen rojo de los marxistas, a quienes consideraba enfermos. Dirigió los recursos y la planificación psiquiátrica en la España de posguerra con resultados demoledores para la actualización y el desarrollo de estas ciencias. La autarquía franquista favoreció el aislamiento científico sin transformaciones asistenciales ni aperturas hacia las nuevas corrientes psiquiátricas psicoanalíticas. En la posguerra se consolidó, por el contrario, una psiquiatría institucionalizada al servicio de la represión del régimen franquista, cuyos paradigmas señeros fueron Vallejo Nájera y López-Ibor. *La locura y la raza* y *Fisiopatología de la guerra española* quizás sean sus obras más representativas.

Por lo que atañe a nuestros tiempos, una Asociación española de médicos escritores y artistas (ASEMEYA) lleva publicado cerca de 1.000 volúmenes. Se consiente en una distinción bastante artificiosa y simplista entre escritores médicos y médicos escritores. En realidad, ¿por qué escriben los médicos? Muchos sucumben a la tentación de escribir por curiosidad intelectual y por afán de servir mejor a sus pacientes. Otras es el uso del ocio, la necesidad de evasión para romper con la tensión emocional provocada por un trabajo relacionado con la conocida como ciencia de las incertidumbres, llena de zozobras, en la que la mala praxis puede acarrear resultados catastróficos. Una profesión desabrida, a veces. Otras, la necesidad de ordenar sus ideas tratando de encontrar en los libros la solución a los numerosos enigmas de la condición humana. Otras, en fin, por la capacidad catártica de la escritura. Hay escritores que curan y médicos que se resisten a hacerlo. Y también existe una literatura que nos hace enfermar.

Creatividad artística y desorden mental, genio y locura, Literatura y Medicina, médico y escritor, estamos ante una de las nociones culturales más controvertidas de siempre. Paracelso suscribió, entre sus compromisos deontológicos: “Haz que no vea en el hombre más que al que sufre”, es decir, a quien padece la forma más radical y deplorable de vivir la condición humana. Nada que ver ya con las enseñanzas de Platón, seguidor fiel de Sócrates, en cuanto al alcance de la Medicina, que debería limitarse al cuidado de quienes habían recibido de la naturaleza un cuerpo sano y un alma bella.

Por consiguiente, establecerás en nuestra república una medicina y una jurisprudencia que sean como acabamos de decir, y que se limite a aquellos cuyo cuerpo estuviera mal constituido se les dejará morir y se ejecutarán aquellos de alma mala e incorregible [...]⁴⁵⁹

La mirada del médico Paracelso vino, pues, a ser, en consecuencia, singular; es decir, la de un espectador que, comprometido con la vida humana, tuvo la vista puesta en la cara más oculta del hombre.

¿Determinadas enfermedades mentales potencian la creatividad artística? ¿Son condición inexcusable para la genialidad o más bien pueden constituir una inconveniencia? Pues una cosa y la contraria cabría responder a estas dudas o incertidumbres, para no caer en

⁴⁵⁹ PLATÓN, *Obras: Diálogos. La República*, E.D.A.F., Madrid, 1969, p.1135.

absurdas generalizaciones. Marsilio Ficino (1433-1498), el notable médico humanista italiano enfatizó la importancia causal de la melancolía en la cultura europea renacentista.⁴⁶⁰ En realidad, para Ficino la melancolía, más que una enfermedad depresiva, era la cualidad que en sí misma contenía el germen de la creatividad. El mismo Schopenhauer defendió parecidos juicios. Para este filósofo que tanto influyó en Pío Baroja, también la condición esencial del genio escritor o artista era la melancolía.

La enfermedad mental que padeció Felipe Trigo, a la que llamaba su bendita neurastenia o excelsa maldición, capaz de acopiarle abundante material para sus relatos novelescos, fue realmente un trastorno bipolar con secuencias alternantes de manía y depresión. El novelista médico Trigo reunía, pues, una triple y compleja condición, médico, enfermo mental y escritor a un tiempo, a cuya conjunción debe atribuírsele un indudable sinergismo literario. Por un lado la de enfermo, con sus disturbios, sufrimientos, depresiones o neurastenias incontenibles, y, por el otro, la del médico predador de la sintomatología de sus enfermos, de quienes recolectaba el material mórbido para sus narraciones. Guiado por su actividad profesional, por su papel de enfermo y por la pluma de escritor caminaba tras las miserias humanas de la avaricia, la corrupción, la hipocresía social, la moral burguesa, la mezquindad y la sordidez a fin de abastecer sus reservas creativas.

En este sentido algo parecido a Pío Baroja o Chejov, Schiller y, más anteriormente, a Rabelais y Gottfried Benn, quienes también con ese mismo fin, exploraron la parte más oscura y viscosa de la condición humana. Nadie, desde luego, mejor situado para indagar de cerca en el alma humana que el médico experimentado. O para iluminar sus entornos más oscuros. De ahí pues, que literatura y medicina en el caso de Felipe Trigo, -en casi todos los médicos que escriben, en realidad-, resulten términos en buena medida redundantes que retroalimentan el genio literario.

En efecto, la condición de médico presta al escritor literario unas perspectivas y unos conocimientos muy útiles para enriquecer su inspiración, inéditos para otros narradores. El oficio de médico proporciona una atalaya privilegiada para conocer de primera mano e indagar las pesadumbres, los sufrimientos, el dolor y, también la alegría, la felicidad del alma humana. “Si solo contara con mi imaginación para intentar hacer carrera en la literatura, ya habría desistido”, afirmaba Chèjov, médico, reconociendo de este modo la importancia de la contribución de su profesión en sus tareas de escritor.

En realidad, algo parecido le sucedería al escritor extremeño. Él pensó y sintió la vida literariamente. “El hombre que habla en nombre de la Vida”, como él quería que se le designara, se valió del bagaje de su experiencia de médico rural, teñido por una visión decepcionante del ser humano, para la redacción de sus dos grandes novelas, *El médico rural* y *Jarrapellejos*.

Lo que señalaba equivocadamente como neurastenia, un trastorno bipolar con fases alternantes de manía y depresión, le prestaba una mayor agudeza perceptiva, de manera que era capaz de alcanzar nuevos temas, nuevas emociones, ideas novedosas, ideas audaces y originales, nuevas maneras de recrear y de interpretar la realidad. Trigo vino a dar la razón a la vieja y sólida corriente de pensamiento que postulaba la vinculación causal entre ciertos trastornos depresivos y la creatividad literaria.

⁴⁶⁰ ARISTÓTELES, *El Hombre de Genio y la Melancolía*. (Problema XXX), Traducción de Cristina Serna. Acantilado. Barcelona 2006. Prólogo y Notas de Jacki Piegeaud. La traducción está muy cuidada, según la crítica mediática más solvente, y las reflexiones y juicios de Piegeaud resultan sumamente interesantes.

Otro libro clásico, casi legendario en este campo, es *Saturno y la Melancolía*. Alianza Editorial, de KLIBANSKY y otros (PANOFKY y SAXL), imprescindible para lectores interesados en disciplinas tan variadas como Medicina, Literatura, Arte, Filosofía e Historia. El libro está dividido en cuatro partes. La primera, dedicada al estudio de la noción de melancolía y su evolución histórica. La segunda se centra en el estudio de Saturno, el astro de la melancolía, en diferentes contextos históricos y pictóricos. La tercera aborda el análisis de la *melancolía poética* y el origen de la idea moderna de genio. Por último, la cuarta parte está enteramente dedicada al famoso grabado de Durero, *Melancolía I*, una obra singularísima que ha dado lugar a numerosas y complejas interpretaciones. El término melancolía tuvo un significado afín a los de neurastenia y después al de depresión uni o bipolar, aparecidos más recientemente.

Pero antes de seguir convendría hacer una mínima reflexión en torno a qué entendemos por creatividad. Se tiene por cierto que es una cualidad inexcusable para poder escribir. ¿Pero qué entendemos o a qué nos referimos con este término? Me temo que estemos ante otro de esos tópicos comunes, que todos damos por buenos al tratarse de juicios que una vez puestos en circulación adquirieron una misteriosa vida propia, en función no ya de su veracidad o de su valía intrínseca, sino de la necesidad que el mundo tenga de ellos.

La creatividad tal vez no sea más que una metáfora límite o una simple entelequia. El término creación deriva del verbo crear que quiere decir literalmente producir de la nada. La creación *ex nihilo*, de la nada, más parece una obra divina que el fruto de la virtud o del empeño de los mortales.

Por esta razón, más que un creador, el escritor quizás sea simplemente un portavoz del sentido oculto de las cosas. Alguien que fue capaz de internarse en lo que Nietzsche llamó el alto mar de las regiones inexploradas del alma humana; o, dicho de manera menos discursiva, un mero manipulador de materiales ya dados a la realidad. De ahí precisamente esa fantasmal certidumbre como si todo ya estuviera dicho y escrito, como sucedía en el enigmático relato de *La Biblioteca de Babel* de Borges, de recalcado interés, por cierto, a la luz de las nuevas tecnologías digitales. El escritor nunca podría ser enteramente original, porque todo el saber se hallaba ya recogido en aquel quimérico universo en forma de biblioteca.

Numerosos psiquiatras, antropólogos y filósofos han entrado en este debate que parece no tener fin. Vaya por delante que quizás la asociación entre trastorno bipolar – la antigua psicosis maniaco-depresiva- y creatividad no sea más que una sobregeneralización fuertemente enraizada, originada a partir de casos muy señalados y emblemáticos–: Van Gogh, Schumann, Virginia Woolf, Silvia Plaht, Rilke, Balzac- que se comportaron como poderosos paradigmas. A ellos hay que añadir otros muchos: Tolstoi, Balzac, Faulkner, Hemingway, Tennessee Williams, Juan Ramón Jiménez, Goytisolo y a nuestro Felipe Trigo.

La lista de quienes, padeciendo un trastorno bipolar, devastador antes de los tratamientos farmacológicos actuales, descollaron en las artes o la literatura es interminable. Ha habido, sin embargo, una cierta tozuda tendencia a psiquiatrizar a los autores literarios, unos personajes tantas veces inmersos en contradicciones y ambigüedades propias de su condición de hombres geniales y cuya salud mental, según el juicio del prestigioso psiquiatra Francisco Alonso-Fernández, se encuentra violentada por riesgos más relevantes que los que amenazan a los demás ciudadanos, pero no siempre se muestran alteradas en sentido estricto. Quizás suceda así porque la creatividad siempre tendrá que ver con la tensión emocional, con las obsesiones y delirios o con otros conflictos interiores del autor.

Siempre, por otro lado, nos pareció como demasiada poca explicación que fueran el talento personal, la formación intelectual, el acervo cultural y el trabajo metódico y persistente quienes alimentaran únicamente la creatividad. Para Buffón, desde luego, el genio no era otra cosa que una larga paciencia. La naturaleza de la creatividad o, si se prefiere, de la expresión artística es cognitiva; por lo tanto, intelecto y conocimientos son sus únicos valedores. Pero la creatividad guarda relación también con procesos no cognitivos, como determinados estados emocionales y afectivos, rasgos de la personalidad, condicionantes culturales y la naturaleza de la motivación creadora.

El famoso problema de la tradición aristotélica que asociaba genio y melancolía todavía colecciona a pesar de tratarse de aguas pasadas y demasiado profundas y cenagosas. O precisamente por eso. Nuestro médico y humanista Huarte de San Juan (1529-1588), fue quien, en su obra *Examen de ingenios para las ciencias*, consideró al genio como una potencia con capacidad impulsora de la imaginación poética. Huarte fue predecesor, por lo tanto, de la idea moderna de genio, rompiendo con las anacrónicas tradiciones homéricas. Precursor de las ideas actuales en el campo de la psicología diferencial, con un impacto espectacular en el pensamiento de su época y en la de los siglos posteriores.

Otto DörZegers en su ingreso en la Academia Chilena de Medicina en 1999, hablaba de los orígenes del concepto de melancolía y de su vinculación con la productividad literaria en su estudio *Angustia, melancolía y creatividad. El caso de Rainer María Rilke*.

Se hacía eco en este ensayo de cómo la creatividad artística se quiso emparentar con la existencia de procesos mentales caóticos. Ya Platón había admitido que una pizca de locura era

necesaria para culminar el proceso creador. “Sin locura, el mundo sería lúgubre”, dijo Maimónides. El mismo Erasmo de Rotterdam en su *Elogio de la locura* defendía que sólo a través de este estado el hombre sabría razonar con acierto crítico original y audaz sobre su realidad. No podía verse el hombre a través de la mirada de la soberbia ni del racionalismo. La locura alumbraba la belleza y el pensamiento original. No por azar los reyes preferían la compañía de los bufones, cuya locura “es la única que tiene poder para divertir a los hombres y a los dioses,⁴⁶¹ según confesaba Erasmo, haciéndolos vivir placenteramente.

En una de sus obras, *Pretextos*, André Gide recogía una referencia a Nietzsche, quien, ya muy enfermo de demencia, vivía con una hermana con la que se había reconciliado finalmente, despreocupado de la vida, distraído, nada triste, pero sin siquiera reconocerse.

Habla conmigo, decía su hermana, de manera racional y se interesa por todo lo que le rodea, exactamente como si no estuviera loco; sólo que ya no sabe que es Nietzsche. A veces, si le miro, no puedo contener las lágrimas; él entonces me dice: ¿Por qué lloras? ¿Acaso no somos felices?⁴⁶²

Se refería a la locura como el alegre extravío de la razón que liberaba el alma. Por esta razón, Erasmo, en su *Elogio de la locura*, relataba que, cuando a base de medicamentos, el ciudadano de Argos se veía privado de ese estado privilegiado y volvía del todo a sus cabales, se lamentara desconsoladamente: “Por Pólux, que me habéis matado, amigos. Nada me habéis favorecido arrebatándome así aquel placer”. Se suele decir que fue Césare Lombroso, psiquiatra y antropólogo italiano, a mediados del XIX, quien primero acometió con rigor la relación causal y directa de la enfermedad mental, en su caso la epilepsia, con la creatividad literaria.

En la actualidad, pocos entendidos se muestran en desacuerdo con que el desorden afectivo bipolar, padecido por Trigo esté considerado como la primera enfermedad mental capaz de inducir incrementos fásicos o cíclicos en la productividad literaria. El escritor y enfermo bipolar arquetípico fue, sin duda, Virginia Woolf, quien, al igual que Trigo, acabaría suicidándose. En ambos escritores, la experiencia que comporta el sufrimiento psíquico depresivo, la audacia mental favorecida por la suspensión de la conciencia crítica, hasta la desinhibición sexual tan característica de la enfermedad, el ensanchamiento de la conciencia introyectiva, junto con sus propias experiencias emocionales, cognitivas y perceptivas – inquietud intelectual, curiosidad, expansividad o efusividad, irritabilidad, grandiosidad, agudización y rapidez perceptiva, intensificación de las experiencias emocionales, diversidad y originalidad de ideas y sus asociaciones –el llamado pensamiento tangencial–, contribuyeron a la mejora de su capacidad creativa, propiciando o facilitando sus narraciones.⁴⁶³

Tomas Mann, lamentando que Marx no hubiera leído con más atención a Hölderlin, el alocado hombre que creció “en los brazos de los dioses”, llamó la atención sobre la imperiosa necesidad de una visión de la realidad menos calculadora, fría y racionalista; la trascendencia de ver más con los ojos del corazón, como el protagonista de *El principito* de Saint-Exupèry, porque es poéticamente como el hombre habita la tierra. El mismo Hölderlin en *Hyperión*, el enamorado incapaz de ser feliz pero capaz de escribir su propia tragedia, reconocería que

Como el canto del ruiseñor entre las sombras, es en medio de los más profundos sufrimientos donde suena divinamente a nuestros oídos la canción de vida del mundo [...]⁴⁶⁴

Cuando escribía estas palabras, la cabeza de Hölderlin estaba ya horadada por la enfermedad mental, a punto de ser acogido compasivamente en Tubinga por un ebanista, a quien había entusiasmado la lectura de *Hyperión*, con la sola compañía, una metáfora cruel de su trágica existencia, de un piano desafinado. Parecida confesión haría Trigo, refiriéndose a su grave trastorno afectivo. Es decir, la locura, esa emoción neurasténica delirante, caminando lejos de los surcos trillados, la única capaz de reconocer, desde una perspectiva integral e inusitada, las miserias humanas, poniendo en solfa dogmas y convenciones. El poeta es quien nombra las cosas cuando camina cerca del soplo de la locura.

⁴⁶¹ ROTTERDAM, Erasmo de: *Elogio de la Locura*. Colección Centenario II. Espasa Calpe, p.23

⁴⁶² GIDE, André, *Obras*, Plaza y Janés, Barcelona, 1968, p. 730

⁴⁶³ LÓPEZ, Ángeles, *Trastorno Afectivo Bipolar*, EDAF, Madrid, p. 22 y ss.

⁴⁶⁴ Tomado de BOCANEGRA BRIASCO, Ana, “Entrar consiste en salir”, *El Genio Maligno*, Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, nº 8, marzo, 2011, p. 75

Aunque la relación entre determinadas enfermedades mentales y la genialidad o creatividad es conocida desde hace mucho tiempo, ni sus términos ni su causalidad mutua están definitivamente establecidos. Tanto porque, realmente, acaso ni siquiera exista tal relación. O, tanto, porque las dificultades metodológicas para estudios de esta naturaleza hayan sido insalvables. Los diagnósticos retrospectivos tropiezan con escollos epistemológicos, desviaciones y solapamientos, que se presentan como dificultades insuperables para la valoración de los criterios de normalidad social cuando nos remitimos a épocas muy distintas. Sin embargo, ha podido establecerse, cuando, como en el caso de Trigo, se ha tratado de escritores muy autorreferenciales. La lectura de las obras del novelista villanovense se convierte en una fuente de primera mano para conocer de sus vicisitudes, cavilaciones, desórdenes, estados de ánimo hasta del nacimiento y maduración de su ideación autolítica, largamente rumiada y llevada a efecto finalmente. La memoria le servía a Trigo para volver a ser, aunque sin dejar de caminar.

Llevaba razón Francisco Ayala al afirmar que los novelistas no tenían biografía. Estaba en sus novelas su verdadera biografía. Con independencia del inmanentismo racionalista, la psicocrítica es capaz de iluminar la cámara oscura donde el autor hizo germinar su obra. Cuatro grandes cuestiones o eventos llaman la atención desde este punto de vista en la vida de Felipe Trigo. Las cuatro tuvieron notoria influencia en su vida y en su obra: la orfandad precoz del padre asociada al síndrome de la madre muerta,⁴⁶⁵ que le acarrearía serios problemas de socialización, el trepidante trajín profesional de destinos, verdadero trotamundos, nunca llegó a encontrar acomodo de manera que acabaron siendo individuos flotantes, al decir de Gustavo Bueno. El desorden bipolar convirtió su vida en un péndulo oscilante gravitando sobre el abismo. De la euforia a la depresión. De la expansión maniaca al abatimiento depresivo. De la depresión a la disforia incontenible y exultante. Y, por último, cuando Felipe Trigo cree enfrentarse a la locura, el suicidio.

Felipe Trigo, pudo contar con unas características no cognitivas muy apropiadas a la tarea de escribir, como poder obrar bien con muy pocas horas de sueño, disponer de una agudeza perceptiva singular, sintonizar emocionalmente con quienes sufren gracias a una resonancia afectiva excepcional, -en psiquiatría se les llama a estos enfermos melancólicos compasivos-, la enriquecedora capacidad de experimentar profundas y variadas emociones; es decir, una serie de atributos que puestos al servicio de su creatividad fueron capaces de mejorar en cantidad y en calidad su narrativa.

Este perfil emocional, aparte de sus obsesiones, esa especial sensibilidad suya para detectar y conectar con el sufrimiento de los demás, es precisamente la clave de toda su obra literaria. Sus innovadoras propuestas sobre el amor y la sexualidad, sus críticas del caciquismo, la doble moral social, los prejuicios sociales, la educación, el papel de la mujer en la época, su desinhibición sexual, todo, todo tiene su raíz en ese doble rasgo psicopatológico del narrador extremeño, en esa capacidad que le procuraba su condición de enfermo depresivo y obsesivo rumiador. Necesita del mundo de la ficción, porque como dice Caballero Bonald, ese intento de poner orden en el caos se hace escribiendo, precisamente.

¿Qué entendemos por genio? Para Karl Jaspers, psiquiatra y filósofo, autor de *El genio artístico y la locura*,⁴⁶⁶ en realidad, la idea de genio hace referencia no a los logros que igualan al genio con el artesano, sino a la forma y el camino para alcanzarlos. El talento y el genio alcanzan la misma meta, sólo que este último lo hace de manera asombrosa y enigmática.

El pintor Ingres, concienzudo y parsimonioso, mejorando más y más su técnica, sus conocimientos del manejo cromático y sus métodos de composición, lograría lo que Van Gogh, pero este último lo hizo a golpe de fascinante genialidad personal. Esa es la diferencia. Por eso, el genio es Van Gogh.

Siento defraudarles, después de todo lo dicho. El genio creador y el talento artístico dependen básicamente de la formación y del trabajo metódico. Como respondiera Virginia

⁴⁶⁵ Como síndrome de la "madre muerta" se señala en Psiquiatría un padecimiento depresivo profundo de la madre que la lleva a desentenderse de los cuidados y afectos a los hijos. Puede determinar un grave trauma en el niño con deterioros de su maduración psicológica.

⁴⁶⁶ JASPERS, Karl: *Genio artístico y locura*. Aguilar. 1968

Woolf, el presupuesto *sine qua non* es el de la independencia económica y personal, es decir, una habitación propia. Bach solía decir que cualquiera que trabajara tanto como él obtendría los mismos resultados suyos. En una publicación de 2007 sobre Felipe Trigo, *Felipe Trigo, Desorden mental y creatividad literaria*, pretendí evidenciar que algunos padecimientos psíquicos como las depresiones y los trastornos afectivos bipolares se presentaban con una significación estadística irrefutable en creadores literarios y artistas.

La potenciación recurrente de la creatividad mediante una mayor fluencia de pensamientos originales y de asociaciones de ideas, algo propio del Desorden Afectivo Bipolar, explicaría la producción sospechosamente episódica y fásica de muchos escritores como Rilke, Hemingway, Virginia Woolf, Charles Dickens, Tolstoi o el propio Felipe Trigo, de pintores como Van Gogh o de músicos geniales como Schumann o Haendel, al coincidir sus creaciones con las recidivas como enfermos.

Felipe Trigo ponía en boca de Álvaro, el protagonista de una de sus novelas más autorreferenciales, *Sí sé por qué*, cómo la neurastenia le tenía condenado a una visión amplia y exacta del dolor y la miseria humana circundante.⁴⁶⁷

Es verdad. El dolor psíquico presta al enfermo una visión única e insustituible. Detrás de cada metáfora hay un dolor escondido, ha dicho Cabrera Infante. El sufrimiento señala además el principio de la intuición creativa. Donde hay dolor psíquico arde siempre una especie de fuego sagrado que alimenta la imaginación del autor. Sólo el sufrimiento nos abre las puertas del conocimiento profundo de la vida. Rilke afirmaba que necesitaba del sufrimiento para crear. En realidad, el hombre que sufre tiene una ventana abierta a su interior. El dolor le hace estar más alerta. El hombre, así, se siente más cerca de su alma. La enfermedad entonces se convierte en una forma singular de conocerse. Exacerba la capacidad de los sentidos. Por así decirlo, agudiza la mirada introspectiva, la mirada interior inquisidora, amplifica las emociones y aviva su inteligencia y su perspicacia.

Otras veces, la fuente y el acicate del escritor es el sufrimiento obsesivo. Sábato afirmaba que detrás de cada obra literaria había una vieja obsesión de su autor. En realidad, Ernesto Sábato llamó la atención sobre la importancia de los delirios y obsesiones nacidos de ensoñaciones infantiles. Lo dijo en su obra *Antes de morir*: en el sufrimiento palpita una alquimia que es capaz de transformar en oro las desdichas.

A propósito de esta misma cuestión, el escritor extremeño Medardo Muñiz, refiriéndose a su admirado Trigo, ha escrito que

sus circunstancias infantiles con ser tan desfavorables y precisamente por eso le acostumbraron a pensar y analizar. Con razón dice Ortega y Gasset que la intemperie es sana.⁴⁶⁸

Ana María Matute afirmaba también que en la literatura como en la vida se entra con dolor y con lágrimas. Algo parecido a lo que le sucedía a Flaubert quien confesaba no tener para sostenerse más que una especie de rabia permanente.

Cuanto tengo dicho hasta ahora, ya para terminar, nos lleva de la mano a la pregunta capital: Realmente, ¿desde dónde piensa y reflexiona el hombre, escritor o no? Ni más ni menos que desde la angustia. Pero no de la angustia neurótica opresiva y paralizante, una aflicción que solo procura el sufrimiento estéril. No, desde la otra angustia, la existencial, la cuajada de desazón, La angustia de la desolación, del desasosiego y del abatimiento, que coloca al hombre frente a la desnudez del mundo, frente a la propia soledad, a la intemperie, sometido a todos los vientos, como decía Ortega y Gasset. Esa es la angustia que empuja al hombre a vivir en desacuerdo arrojando la realidad existencial. Le empuja, también, a explorar nuevos rumbos y descubrir nuevas verdades. Y esta fue la angustia impulsora de la pluma de Felipe Trigo, la de la ruptura con todo lo anterior en las formas y en los contenidos de su literatura.

Pero, con frecuencia, lo que sucede con los escritores geniales es que su propia genialidad les coloca ante nuestros ojos con una cierta aureola de atipicidad que se confunde o se interpreta como síntoma de un trastorno psíquico. También, escribir, en realidad, es hablar a solas, un síntoma propio de quienes están algo perturbados. El escritor se aísla. Esa es,

⁴⁶⁷.TRIGO, Felipe, *Sí Sé Por Qué*, Renacimiento. Madrid. 1.920, p. 22

⁴⁶⁸.MUÑIZ, Medardo, *Ensayos. Felipe Trigo*. Universitas Editorial, p. 6.

precisamente, la radical soledad del ser humano, de la que nos habla Francisco Ayala. Nacemos solos, morimos solos, dice el glorioso escritor granadino. Escribir, una actividad propia de quienes navegan contra corriente, o por mares desconocidos, es formular nuevas propuestas transgresoras para recrear e interpretar la realidad. Escribir lo que se lleva dentro es siempre la mejor forma de conocerse a sí mismo. Delirar, *delirare*, significa arar fuera del surco, no siguiendo el surco ya transitado, precisamente. La actividad literaria tiene pues algo de delirante. En eso consiste precisamente la genialidad, la originalidad y el talento, una manera singular, diferente y brillante de decir las cosas. Deliró, pues, el melancólico compasivo Felipe Trigo, asombrado, desasosegado, insomne, ante aquella realidad social tan adversa e injusta. Y ese desasosiego mental –el héroe perplejo– sería el que agujoneara definitivamente su creatividad.

Kierkegaard, también enfermo bipolar, lo describió muy gráficamente:

Con qué frecuencia me sucede lo que acaba de ocurrirme. Hundirme en el sufrimiento de la más profunda melancolía, cualquier pensamiento se adhiere a mí, [...] sufro indescriptiblemente, y después, cuando ha pasado un poco de tiempo, estalla la bolsa de pus y bajo ella aparece la más excitante y rica productividad, aquella que necesito en aquel momento.⁴⁶⁹

Trigo tuvo una vocación desaforada por la escritura. No es que viviera, como suele decirse en estos casos, únicamente para escribir. No, más aún. Es que vivía sólo cuando escribía. Por esta razón, la de verse privado de la dedicación fundamental en su vida, se convirtió para él en una eventualidad insoportable. La devastación producida en su cabeza por el trastorno bipolar, que sin tratamiento adecuado al cabo de los años evolucionó hacia un grave cuadro psicótico con notorios deterioros cognitivos, significó vaciar de contenido su existencia o, dicho de otra manera, dejar de existir, la no existencia, el no ser. Felipe Trigo temía obsesivamente volverse loco. Vivió finalmente enfrentado a la experiencia de la nada convertida en el motor de su escritura, pues trató de poblar el vacío con sus personajes y su palabra escrita. Escribía, en suma, para asegurarse de que existía, como en el mito de Sísifo, la metáfora del esfuerzo inútil e incesante del hombre, que enunció en 1942 A. Camus. Siempre volvía al pie de la montaña para recoger su carga. Es decir, el héroe absurdo que trataba una y otra vez de dar respuesta al caos. La escritura le permitía refugiarse en una especie de autoexilio interior, gracias a la omnipotencia de su fantasía creadora.

Su vida se convirtió finalmente en una especie de regresión al servicio de su yo. Pero no tuvo un yo bien dispuesto, bien constituido, un yo con capacidad de manejo de sus pulsiones y con recursos e instrumentos para protegerse de su ira interna. El fiasco le abrió el camino a la contingencia del suicidio, porque la obra, en ningún caso, salvaría al escritor de su devastación. Cuando Felipe Trigo se suicidó el médico escritor ya no existía. Lo que le llevó tantas veces a la necesidad de escribir le llevó finalmente al suicidio, incapaz de liberarse de sus fantasmas interiores. El suicidio, tramitado mentalmente mientras se mantenía protegido frente al *acting out* por una de sus frecuentes fases depresivas, se ejecutó en cuanto, sin haber concluido del todo el episodio depresivo, se puso en marcha una nueva fase de desinhibición maniaca, que le impediría controlar la pulsión destructiva y autolítica. Quien fue tan capaz de crear nuevos mundos novelescos, también lo fue para destruir su propio mundo. Entre no ser escritor viviendo en la inanidad o clausurar voluntariamente su vida, eligió esta segunda opción– “El supremo valor de los vencidos”, lo llamaría Guy de Maupassant. La carta de despedida a su familia bien parece haber estado inspirada en la que Virginia Woolf dedicó a su esposo. Igual que Diodoro, el filósofo epicúreo alabado por aquel genial enfermo gotoso que fue Lucio Anneo Séneca, se retiró de la vida voluntariamente, plenamente convencido de su buena conciencia. Ya Diodoro había dicho antes de morir: “viví y llegué al final del camino que me dio la fortuna”.⁴⁷⁰ Como podía habernos confesado Felipe Trigo.

⁴⁶⁹ Recogido por DOR ZERGER, Sergers, Otto, *Opus cit.*

⁴⁷⁰.SÉNECA, Lucio Anneo, *Obras Completas, Tratados filosóficos*, EDAF, Madrid, 1968, p.84

Felipe Trigo, feminista a su manera

En su visión de la mujer y del rol femenino en la sociedad, Felipe Trigo recibió notables influencias del naturalismo de Zola y Flaubert, del positivismo de H. Spencer y sus teorías sobre la educación y el evolucionismo social, el utilitarismo liberal de S. Mill, el análisis crítico del matrimonio burgués de Engells, el socialismo utópico e individualista de Charles Fourier, las ideas de Bebel sobre el papel femenino en la nueva sociedad, presentes en su famosa obra *La mujer ante el socialismo*, traducida al español por Emilia Pardo Bazán. Ya les adelanto que Felipe Trigo, a pesar de tantas influencias o quizás por eso mismo, no llegaría a tener una idea clara o precisa de lo que representaba ya el feminismo beligerante de su época.

De todos, quienes más influyeron en el pensamiento de Felipe Trigo fueron, sin duda, Spencer y Fourier. La situación de la mujer se había convertido desde finales del siglo XIX en una cuestión candente que atrajo la atención de moralistas, sociólogos, intelectuales, políticos y escritores. En ese tiempo cobraba mucha presencia el naturalismo vitalista, determinista y ateo o agnóstico, que alentaba el reformismo social con la ayuda de la literatura socialmente comprometida, al tiempo que Trigo dedicaba una especial atención a la dinámica de los impulsos hedonistas y sexuales como motor de socialización.

Pero en sí mismo, el feminismo, que había nacido al calor de la revolución industrial de comienzos del siglo XIX, alentado por la elevación del nivel de vida, que abrió nuevos horizontes en las expectativas de la mujer, tuvo más relieve allí donde la industrialización mejoró las condiciones de vida y las aspiraciones de la mujer, como en Francia, Inglaterra, Estados Unidos y hasta en la misma Noruega de Henrik Ibsen. En España, donde persistían el conservadurismo oscurantista y el hegemónico integrismo religioso de la iglesia oficial, el feminismo tuvo unos arranques muy balbucentes, con escasa presencia social, casi meramente testimonial, hasta pasada la primera década del siglo XX.

En ese tiempo finisecular, no ya Felipe Trigo, la mayoría de la intelectualidad del país, no tenía una idea ajustada, bien definida, acerca del feminismo como instrumento para la dignificación política, jurídica y social de la mujer, que sólo con el lento proceso de difusión de las ideas alcanzaría una dimensión y unos discursos y propuestas integrales en vísperas ya de la II República. En realidad, las ideas de los socialistas Fourier y Bebel sobre la mujer, la familia y la organización de su trabajo fueron recibidas en España como si procedieran del mismísimo diablo. Ni siquiera los socialistas españoles estaban preparados para hacer frente a unos planteamientos y propuestas tan avanzadas. El partido socialista de entonces, una corriente o movimiento reformista social sin estructura orgánica ni aparato burocrático alguno, atendía en exclusiva a la reivindicación de las mejoras sociales y laborales de las trabajadoras sin aspiraciones de lucha contra la desigualdad social.

Largo Caballero contestaría a la famosa encuesta de Gregorio Martínez Sierra en abril de 1917 que se había incluido el feminismo en el ideario programático del partido por “puro sentimentalismo”.⁴⁷¹ Por su parte, Luís Araquistáin, el teórico izquierdista más importante del partido socialista, reconocía abiertamente los derechos igualitarios de la mujer, pero advertía que “la mujer es madre sobre todo y siempre hay que robustecer ese instinto en lugar de debilitarlo”.⁴⁷²

Se puede afirmar sin temor que fueron pocos y pocas los que lucharon activamente, de manera beligerante como militantes activos, no puramente testimonial o como una pose intelectual progresista, por los derechos igualitarios de la mujer a comienzos del siglo XX en España. Es verdad que Felipe Trigo se afanó en denunciar la discriminación social femenina. Contribuyó, sin duda, al desarrollo de una conciencia cívica más sensible a su postergación social. También fueron críticos de alguna manera otros escritores como Clarín, Pérez Galdós, Palacio Valdés, Octavio Picón y algunos más. Pero de ahí a militar activamente en la

⁴⁷¹ SCANLON, Geraldine, *La polémica feminista en la España contemporánea 1868-1974*, Akal Ediciones, 1986, p. 236, quien lo toma de MARTÍNEZ SIERRA, G., *La mujer moderna*, Estrella, Madrid, 1920, pp. 176-178.

⁴⁷² MARTÍNEZ SIERRA, G., *Opus cit.*, p. 122.

reivindicación de los derechos de la mujer, incluyendo el derecho al sufragio, había un largo trecho.

En España no existía entonces una verdadera corriente de opinión que pudiera identificarse como detentadora de tales demandas sociales. Lo que tocaba en España, cuanto más, era una suerte de feminismo de cuño culpabilizador, estéril, inaudible, con una muy limitada estampa social, que no pasaba de la denuncia social o de la simple toma de conciencia, muy poco activo, que ponía sordina ante los discursos dominantes de una sociedad netamente machista. En suma, se trataba de un feminismo inconsistente destinado a sacar brillo a las cadenas más que a romperlas.

Emilia Pardo Bazán, fundadora de la Biblioteca de la Mujer en 1891, confesaba muy pocos años después que a nadie le intranquilizaban tales preocupaciones y a la mujer, aún menos. En España no había sufragistas ni mansas ni bravas. “ ¡Hablar de feminismo en España, confesaba Concepción Saiz en 1902, donde todavía no saben leer ni escribir tres millones y medio de hombres y dos y medio de mujeres! ¡Feminismo aquí, donde la instrucción y la educación se hallan en mantillas!⁴⁷³

G. Scanlon, la famosa hispanista inglesa, en el Congreso Internacional de Mujeres de Berlín en 1904 se lamentaba de que

[...] Como siempre las españolas brillan por su ausencia; no parece que las mujeres de este país tengan la menor conciencia del mejoramiento que su suerte puede lograr por el esfuerzo colectivo [---]⁴⁷⁴

En esos principios del siglo XX, cuando Felipe Trigo aún vivía en Mérida siendo ya un escritor de éxito, las mujeres de Extremadura, humilladas y sometidas, con un muy escaso desarrollo personal, acuciadas por dramáticos problemas de subsistencia, en los mismos tiempos en que se producía el horrendo crimen de Don Benito, no podían ni siquiera asumir ese tipo de aspiraciones. Un editorialillo del *Correo extremeño* despachaba el problema de las desigualdades por razón de sexo afirmando que “la mujer española no sentía el feminismo de las marimachos tan en boga en los países que se llaman adelantados”⁴⁷⁵

La mayoría de las mujeres españolas ni siquiera tenían conciencia de su verdadera realidad social en la primera década del siglo XX. Todavía en 1920 subsistían unas posiciones sociales indiferentes ante una realidad social tan adversa. Gregorio Marañón refería con perplejidad que el público que había asistido a la función de *La casa de muñecas* de Ibsen, incapaz de entender la obra, en el último acto, en lugar de aplaudir emocionados, acogía con risas o con indiferencia la decisión de Nora de abandonar el hogar familiar, convertido en una cárcel de cristal.⁴⁷⁶ Para Felipe Trigo, la sexualidad reprimida por las convenciones sociales y morales era el nudo gordiano de la problemática específica de la mujer. Hizo de la cuestión sexual el eje principal de su temática novelesca. En todas sus ficciones literarias estuvo presente la mujer cosificada como un objeto sexual. Él habló de la sexualidad como expresión de una sociedad retrógrada, hipócrita y oscurantista, proponiendo en sus novelas ante esa realidad nuevos modelos de relaciones sociales, si bien sus arquetipos femeninos cosificaban a la mujer confinándola al papel relacional de necesitada pero no amada en una trama de repetitivo patrón binario.

Rafael Altamira, defensor sin fisuras de posiciones sociales progresistas e innovadoras, pero, al mismo tiempo, de un gran rigor intelectual, aludiría a estas propuestas quiméricas de Trigo. Decía que

La osadía de esos redentores improvisados que mezclan su radicalismo, muy diferente del que predicán los radicalistas auténticos, con las locuras de un delirio erótico considerado como el sùmmum de la libertad redentora.⁴⁷⁷

⁴⁷³ VOLLENDORT, Lisa, *Literatura y feminismo en España (siglos XV-XX)*, Sicaria, Barcelona, 2005, p.78.

⁴⁷⁴ SCANLON, G., *Opus cit.*, p.155.

⁴⁷⁵ BARRADO, M., “La violencia de género en el *Correo extremeño*”, *Revista de Estudios Extremeños*, 1998, Tomo LIV, mayo-junio, pp.

⁴⁷⁶ MARAÑÓN, G., *Obras Completas*, Tomo III, p. 31.

⁴⁷⁷ ALTAMIRA, R., *Psicología del pueblo español*, Biblioteca Nueva, CICON Ed., Madrid, 1998, p. 198.

Más recientemente, Iris Zavala, queriendo dar por zanjado este debate, emitió un juicio lapidario al afirmar que “sus obras interesan sólo como muestras de la cosificación de la mujer y la autocomplacencia machista”.⁴⁷⁸

Para concluir, cabe afirmar que, fiel a las ideas de Rousseau, Holbach, Fourier y Flaubert, su discurso ideológico en torno al papel de la mujer en la sociedad, si se exceptúa su defensa contundente de la educación femenina en consonancia con su pensamiento krausista, se atenía a cuestiones que tenían que ver más con la complementariedad que con la igualdad. La mujer tendría que ostentar la identidad que el varón le atribuyese, es decir, atenerse al papel de objeto de seducción e instrumento de placer. Quedaba, pues, fuera del “logos”, concernida al placer y a la subsistencia en los escenarios domésticos, como vemos una y otra vez repetirse en sus novelas y hasta en su vida personal.

Este rol asignado a la mujer se compadecía enteramente con los postulados y prejuicios machistas de aquella sociedad. Esta manera de estereotipar el rol de la mujer, bastante común en la literatura psicalíptica del siglo XX, comportaría no pocas inconveniencias para la causa feminista al retroalimentar prejuicios sociales muy negativos en torno a la mujer. Tal sucede, por ejemplo, en la representación de Aria, la protagonista femenina de *La Altísima*, una novela emblemática, en la que, como casi siempre sucede en sus novelas, el sacrificio de la mujer constituye el principal resorte dramático. En cambio, Víctor, el protagonista masculino, su trasunto literario además, se nos presenta como un galán donjuanesco, un machista estúpido, narcisista y sádico, “domador de mujeres”. Sí, es cierto, fue un ferviente defensor de la educación femenina, denunció abiertamente las lacras sociales y la postergación de la mujer, pero estuvo muy lejos del feminismo imperante en países como Francia, Inglaterra, Estados Unidos. Sin embargo, perteneció a la primera tropa de literatos que, sin dejar de serlo, penetraron e intuyeron el mundo de las ideas de su tiempo, de manera que fueron a la vez literatos y pensadores. Escribían con la secreta aspiración de transformar aquella sociedad tan rancia e intolerante. Debatir si fue un “sentidor emotivista”, como él mismo se calificó, o un pensador/intelectual es aquí y ahora una cuestión poco menos que irrelevante. Los novelistas, por lo general, Trigo entre ellos, han sido y son de alguna manera intelectuales malogrados, porque la verdad, la imaginación y la belleza son virtudes que no suelen caminar juntas. Su literatura concede siempre prioridad a las emociones, sentimientos e intuiciones, antes que a las ideas racionales. Los literatos, poco proclives a adaptarse al rigor formal de la reflexión intelectual y con una erudición salpicada de lagunas, contradicciones e imprecisiones, suelen contar con una pluma poco adaptada a sistematizar sus razonamientos y discursos ideológicos. Dicho de otra manera, los literatos son antes poetas que sociólogos o filósofos. De ahí que las propuestas ideológicas no hayan sido casi nunca una propiedad relevante de la literatura novelesca, la cual soporta mejor los meros mensajes críticos, reformistas o moralizantes.

Las novelas de Felipe Trigo contienen pasajes anegados de retoricismo, juicios empíricos y constructos utópicos o crípticos que, para Pío Baroja, resultaban poco permeables y de una lectura engorrosa, según sus propias palabras. El mismo Baroja, con quien no mantuvo buenas relaciones, contaba haberle oído decir al propio Felipe Trigo que

Cuando en una de sus novelas necesitaba un intermedio, un relleno entre dos hechos importantes, ponía uno o varios párrafos que no querían decir nada [...] ⁴⁷⁹

Es innegable que Trigo, además, no resultó indemne ante el excesivo doctrinarismo de su época, aunque nos queda por saber y confirmar hasta qué punto, vista la confesión de Baroja, fueron auténticas sus propuestas morales, sociales e ideológicas; o, por el contrario, su única razón de ser no fuese más que el medio para tratar de enriquecer y afamar sus textos eróticos, en peligro con alguna frecuencia de caer en la procacidad y la insustancialidad. Sí es verdad, en cualquier caso, como dijera André Gide, que los buenos sentimientos no suelen generar buena literatura. Por fortuna, para servir a sus ideales reformistas, nunca sacrificó su vocación literaria, aunque para cada uno de sus lectores haya quedado la tarea de estimar, según su propio criterio, hasta qué punto sus esfuerzos denodados valieron la pena.

⁴⁷⁸ ZAVALA, Iris M. y DÍAZ-DIACORTZ, M., *Breve historia feminista de la Literatura Española III. Del siglo XVIII a la actualidad*, Anthropos, Barcelona, 1996, p. 244

⁴⁷⁹ BAROJA, Pío, *Desde la última vuelta del camino*, Planeta, 1970, p.552.

Espoleado por las derivas hipomaniacas megalómanas de su trastorno bipolar aspiró sin duda a ser un escritor afamado, un gran escritor cuyos límites debían ser fijados por su propia imaginación y su propio caudal emocional y no, en ningún caso, por exigencias discursivas conceptuales. Con este fin de alcanzar la gloria literaria le importaron y se sirvió a menudo de sus experiencias de vida. Trató de trasladar a sus novelas un panorama social en el que de alguna manera parecían resonar los ecos de los *filansterios* de Fourier o de las comunidades de Owen, unas utopías arcaicas irreproducibles en las que, una vez suprimida la familia tradicional, las relaciones sexuales promiscuas y libres quedaban aseguradas. En cierta medida, así fue como realmente quiso vivir. El futuro de la civilización, según el socialismo utópico e individualista, consistía precisamente en la vuelta a un salvajismo sin barbarie. Con el tiempo, sin embargo, Trigo moderaría estos discursos tan radicales para instalarse en un reformismo avanzado más cómodo de cara a sus lectores. En sus novelas, la protagonista, una nadería intelectual invariablemente presente, “mejor bonita que inteligente”, cosificada, reducida a un objeto sexual, es simplemente necesitada, no amada ni respetada. Las novelas de Felipe Trigo, tan creído de su papel de reformador social, adolecieron de falta de una representación totalizadora de la mujer, que sólo gozó de una significación y un carácter relacional, simplista y estereotipado. ¡Qué duda cabe que este discurso funcionó como un refuerzo de los estereotipos sexistas y discriminatorios circulantes de la sociedad machista de la época! Se consideraba a la mujer como una servidora del hogar, cuidadora de los hijos y dispensadora de placer sexual. En sus relatos novelescos, los abogados, médicos, ingenieros son siempre varones mientras que ellas se mantenían atentas al patrón *nietzscheano* de “amar y no pensar”.⁴⁸⁰

A propósito de las influencias de este filósofo en nuestro país, bien estudiadas por Sobejana,⁴⁸¹ a Felipe Trigo le sucedió, al igual que a otros intelectuales y escritores de la época, que, en realidad, le conocerían sólo muy superficialmente. Así se explica que las referencias al filósofo en su literatura no pasaran de simples acotaciones como la tópica de que “si vais con mujeres, no olvidéis el látigo” u otras del mismo tenor. De todos modos, nunca antes la mujer tuvo una presencia tan hegemónica en la novelística española. Eso debe inscribirse como un mérito en el haber del escritor. Estaba claro para Trigo que el igualitarismo y la emancipación femenina vendrían en sus novelas no como consecuencia de su preparación intelectual y de un buen grado de autonomía personal, sino de la sexualidad entendida como una fuerza liberadora.

Es, pues, el suyo un feminismo a medias o, mejor, un feminismo de medio cuerpo para abajo, *freudiano* y profético, falocéntrico, que tenía poco o nada que ver con las aspiraciones de igualdad de la mujer de entonces. Valga a este respecto la durísima opinión crítica de Julio Cejador, que recogió Martínez San Martín

[...] los hombres y las mujeres que Trigo pinta [...] pertenecen al tipo degenerado cuyo único anhelo es cohabitar, cosa puramente animal y tan fea, por el consiguiente, como el regoldar, vomitar y descomer [...].⁴⁸²

Por su parte, Carmen de Burgos, la popular Colombine, una especie de la Nora de *Casa de muñecas*, que huyó también de su hogar para vivir en Madrid, feminista recalcitrante, criticó duramente a Felipe Trigo, persuadida de que con sólo la mujer como instrumento de placer y el amor libre, sin compromisos recíprocos, había pocas e inconvenientes mimbres para elaborar el cesto de la igualdad de la mujer. No sólo Colombine, una pionera del feminismo auténtico en España, otras feministas más recientemente como Amelia Valcárcel, Mary Nash, María T. Gallego, Celia Amorós, Rosa M. Capel, Luisa Vollendoff, G. Scanlon, han abundado sin titubeos en los mismos reparos.

Así pues, no queda más que concluir diciendo, a mi modesto modo de entender, que Felipe Trigo defendió un pseudofeminismo que me atrevería a tildar de interesado, y a medio camino, sin traspasar las lindes del diagnóstico situacional de la mujer de su tiempo. O de difundir meras propuestas o formulaciones teorizantes que ni siquiera veríamos reflejadas en sus arquetipos novelescos femeninos. Trigo, como el buen Emilio de Rousseau, recluyó a su mujer,

⁴⁸⁰ NIETZSCHE, F. ejerció una notable influencia en el pensamiento de Felipe Trigo. Tal y como desarrolló extensamente en su obra *Más allá del bien y del mal*, (Alianza Editorial, 1997) defendía que todo cuanto se hiciera por amor estaba más allá del bien y del mal.

⁴⁸¹ SOBEJANA, Gonzalo, *Nietzsche en España*, Gredos, Madrid, p. 233

⁴⁸² MARTÍNEZ SAN MARTÍN, Á., *La narrativa de Felipe Trigo*, CSIC, 1993, p.91.

estudiante universitaria como él, en el hogar para que atendiera al ámbito doméstico incluida la crianza de los hijos. Entre sus propuestas teóricas y su vida personal existió un abismo abrumador. Sin embargo, a él debemos la entrada en España de algunas ideas innovadoras sobre la emancipación de la mujer. Mientras en *Socialismo Individualista* y en *El amor en la vida y en los libros*, en los que reconoce abiertamente las influencias de Charles Fourier y del mismo Owen a propósito de la igualdad de hombres y mujeres ante la ley, es capaz de relegar a su consorte al ámbito puramente doméstico. Así vendría a dar cumplimiento al postulado de Engels de que en la familia el marido es el burgués y la esposa la proletaria. Utilizó la prensa periódica como medio difusor de sus ideas y propuestas para lo que se valió como fuente bibliográfica del primero de sus libros teóricos citados aquí.⁴⁸³

Ya hacía años, en 1879, que Ibsen diera a conocer su *Casa de muñecas* en la que desarrollaba un ferviente alegato en defensa de una relación entre ambos sexos sin sumisiones ni dominios excluyentes. Nora, su protagonista, al igual que Emma Bobary o que Colombine, abandonan el hogar convertido en una cárcel opresiva para poder vivir en plena libertad. Felipe Trigo, mientras, cuando describe a su Flora en *Las ingenuas* (1901), una mujer incapaz de romper con su entorno asfixiante, ya camina por rutas holladas. Sus personajes masculinos, Álvaro, Esteban, Víctor, Darío, Luciano, galanes clonados, se nos presentan pletóricos, dominadores, triunfantes, como verdaderos prototipos machistas.⁴⁸⁴

Tampoco tendría una posición clara en la temática relacionada con la libertad de opción sexual. En su novela *La sed de amar* las preferencias sexuales de la mujer lesbiana quedan en un segundo plano ante la postergación del pretendiente varón que Trigo lamenta sin reservas. Otro tanto cabe interpretar respecto de la homosexualidad masculina a la que censuró en una confesión que recogería su amigo personal Cansinos Assens.

[...] yo no encuentro interesante, declaraba Trigo, a esos invertidos. Nunca los introduciré en mis novelas. Esa forma de vicio es un insulto a la divina Venus [...] La mujer es tan maravillosa, tan varia, tan inagotable [...]⁴⁸⁵

Profundamente vitalista, Felipe Trigo profesó un culto lujurioso a la vida. Cuando ya su mente se hallaba gravemente enturbiada por su enfermedad bipolar, regentaba un prostíbulo de jóvenes prostitutas en la calle del Prado de Madrid, según los testimonios de Colombine y de Gómez Moral, el gerente de la editorial Renacimiento.⁴⁸⁶ Creo que, en buena medida, el desconocimiento de su perfil psicopatológico, de la desinhibición sexual tan característica en los desórdenes mentales bipolares como el que padeció toda su vida, sus apegos y obsesiones y, de manera especial, el padecimiento de cíclicos brotes hipomaniacos y depresivos alternantes, tan ligados causalmente a su narrativa de ficción, han permitido que su conducta social y su propia producción literaria no hayan sido correctamente enjuiciadas desde un punto de vista metodológico. Quizás los enfoques puramente inmanentistas fueran en buena medida los responsables de atribuirle, sin conocer su realidad personal ni sus obsesiones y manías, una pretendida beligerancia feminista. No es necesario recurrir a esas hipótesis para reconocerle, como bien se mereció, el papel de gran fustigador social que participó activamente en la transformación de aquella sociedad.

⁴⁸³ En el periódico *Vida socialista* publicó tres artículos en los que trataba de la cuestión: “El amor y la mujer” (27-IV-1910), “Lo inevitable” (1-V-1910) y “Modos de amar. Naturaleza de la mujer” (25-II-1912)

⁴⁸⁴ GUERRERO CABANILLAS, V., *Felipe Trigo, enfermedad mental y creatividad literaria*, Ed. Diputación de Badajoz, 2007, p. 148.

⁴⁸⁵ CANSINOS ASSENS, R., *La novela de un literato*, Alianza Editorial, Madrid, 2005, Tomo I, P. 211.

⁴⁸⁶ GUERRERO CABANILLAS, V., *Opus cit.*, pp. 181-182.